Callejón del Gato
Rubén, agonizante

José Ramón Enríquez

Las didascalias de Valle-Inclán no sólo son imprescindibles para la puesta en escena, forman parte consustancial de su teatro, entendido como hecho poético. Vi en Lavapiés, corazón de Madrid, en la sala que lleva su nombre, su *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte* con las didascalias integradas al diálogo, tan hermosas cuanto brutales, porque todo en la escena valleinclanesca sangra. Es su concepto de la poesía.

La didascalia final de la escena novena en *Luces de Bohemia* prueba cuán equivocados están quienes la confunden con simple acotación. Es un mundo en sí misma, como todas las del esperpento, y dice así: "Levanta su copa y, gustando el aroma del ajenjo, suspira y evoca el cielo lejano de París. Piano y violín atacan un aire de opereta, y la parroquia del café lleva el compás con las cucharillas en los vasos. Después de beber, los tres desterrados confunden sus voces hablando en francés. Recuerdan y proyectan las luces de la fiesta divina y mortal. ¡París! ¡Cabaretes! ¡Ilusión! Y en el ritmo de las frases, desfila con su pata coja Papá Verlaine".

Es la escena en la que Max Estrella pregunta a don Latino de Hispalis si en el café está el poeta: "Mira si está Rubén. Suele ponerse enfrente de los músicos". Ante la afirmativa Max se emociona: "Vamos a su lado, Latino. Muerto yo, el cetro de la poesía pasa a ese negro". Y ese príncipe negro de todos los poetas se murió también, hace ahora cien años, como si fuera un personaje de esperpento: raptado en Guatemala y soñando en París. Compartía con Verlaine las glorias y exigencias del simbolismo así como sus excesos con el ajenjo, el opio y cuanto había.

Me atrevo a colarme en esa escena, aunque obviamente sin ser visto. Los espectadores, por lo general, no debemos ser vistos.

© David Coleman / Alamy Stock Photo

Rubén Darío

Desde una pensión que habité en Madrid (y desde la cual salgo sin aliento, de puntillas) hasta el Café Colón, donde ubica Valle-Inclán al de *Luces de Bohemia* de la novena escena, hay que tomar por la Calle Mayor hacia la Puerta del Sol, cruzarla entera y llegar a la calle de Alcalá. Dicen que también en esa esquina perdió el brazo Valle-Inclán a causa de un bastonazo que culminó en gangrena. Yo creo más en cada una de las versiones del otro Ramón, Gómez de la Serna, sobre tal manquedad.

Cuando ocurría esa escena, con toda seguridad, ya había conocido Rubén a Francisca Sánchez, su amada española, la madre de uno de los dos hijos que se llamaron también Rubén Darío: Rubén Darío Sánchez murió en México en 1948 y Rubén Darío Contreras murió en Costa Rica en 1970. A las madres de los dos las amó mucho el único Rubén de los tres que no se apellidaba Darío. La madre del costarricense, Rafaelita, murió muy pronto. A la madre del españolito, Francisca Sánchez, Amado Nervo la bautizó como la Princesa Paca, por ser consorte del Príncipe de las Letras en nuestra lengua.

Hace ya un siglo, pero Rubén no llegaba en su agonía a los cincuenta años. Tenía dos más de los que alcanzó a tener Alejandro Sawa a quien escondió Valle tras Max Estrella, y que también murió antes de los cincuenta. Los mataron las luces de la bohemia o su incapacidad para dar el paso al siglo XX, porque a Rubén Darío lo aterró esa catástrofe que fue la Primera Guerra.

Cuando estalló, Rubén comenzó su agonía y buscó refugio en la Cartuja de Valldemosa, en Palma de Mallorca. Así lo pintó Vázquez Díaz y con el hábito blanco de "los callados hijos de San Bruno" aparece revestido en una foto de la época. Fechado en 1914, el de *La Cartuja* es uno de sus últimos poemas, quizás el último: "Darme una sangre que me deje llenas / las venas de quietud y en paz los sesos, / y no esta sangre que hace arder las venas, / vibrar los nervios y crujir los huesos. / ¡Y quedar libre de maldad y engaño, / y sentir una mano que me empuja / a la cueva que acoge al ermitaño, / o al silencio y la paz de la Cartuja!".

Ni para Rubén ni para nadie en el mundo iba a haber paz después del estallido de 1914 que, a un siglo de distancia, trae consecuencias funestas y pone al mundo contra la pared, envuelto en los gases mortales que ahí comenzaron a probarse y que hoy ya han transformado el clima y convertido el futuro en una imagen de muerte que al recordar al triste Rubén agonizante, me parece más muerte que entonces: pieles de Hiroshima y Chernóbil sin posibles rimas modernistas.

En 1915 comenzó a morirse en Guatemala y hacia allá se desplazó otra figura femenina, Rosario Murillo, para llevarlo a Nicaragua y cerrarle los ojos (en León, como quería) el 6 de febrero de 1916. **u**